

estrechamente asociado á la gloria imperial, era un severo observador de la disciplina militar, y al mismo tiempo que desaprobaba la conducta de la emigración, era bastante inteligente para comprender los peligros á que iba á verse expuesta la Francia con motivo de la vuelta de Napoleón. Su resolución era mucho más firme que la del prefecto; pero con toda su mayor ó menor energía, no se apresuraba apenas á poner en ejecución los medios necesarios para oponer resistencia. En el país no faltaban tropas. El movimiento de concentración hacia los Alpes, ordenado á consecuencia de las imprudencias de Murat, había comenzado, y había más tropas en el Franco Condado, en el departamento de Lyon y en el Delfinado de las que permitía el efectivo general del ejército. Desgraciadamente, en presencia de Napoleón no era el número de soldados lo que le importaba, sino su fidelidad. ¿Podrían resistir al influjo de su nombre, y muy en breve al de su visita? El general Marchand conocía demasiado al ejército para dudar. Convocó en secreto á los jefes de los cuerpos, y éstos declararon que, hallándose prontos como estaban á cumplir sus deberes, apenas respondían de sus oficiales y de ninguna manera de sus soldados. También se hallaban mal las autoridades de Grenoble por la calidad de los regimientos de que podían disponer. Al lado del 5.º de infantería, muy bien disciplinado y dirigido, se encontraba el 4.º de artillería, en el que Napoleón había comenzado su carrera, y en el que, después de la disolución de la artillería de la guardia imperial, habían ingresado muchas compañías de ésta. También formaba á su lado el 3.º de ingenieros, animado de sentimientos poco favorables á los Borbones, y tenía con razón la ordinaria influencia de los cuerpos especiales sobre el resto de las tropas. El general Marchand concibió desde luego vivas inquietudes y esperó para tomar una determinación la llegada del general Moutón-Duvernoy, que mandaba la subdivisión de Valence. La 7.ª división militar, formada entonces por cuatro departamentos, se hallaba dividida en dos subdivisiones: la de Grenoble, que comprendía el Isere y el Monte-Blanco, y la de Valence, que comprendía el Drome y los Altos Alpes. De esto resultaba que el general Moutón-Duvernoy se veía obligado á pasar por Grenoble para ir á dar órdenes á los Altos Alpes, es decir, á Gap.

Este general, informado á su vez de los acontecimientos, tomó apresuradamente algunas precauciones para la defensa del puente de Románs, sobre el Isere, en caso de que Napoleón siguiese las orillas del Ródano; después partió precipitadamente por los Altos-Alpes, y llegó á Grenoble el domingo 5 por la mañana. Allí en una reunión celebrada por el prefecto Fourier, el general Marchand, el general Moutón-Duvernoy y algunos oficiales de estado mayor, se deliberó acerca de las medidas que convenía adoptar. No era muy fácil dictarlas de tal modo que pudiesen responder á las justas inquietudes de las inteligencias precavidas.

Enviar tropas al encuentro de Napoleón era probablemente entregárselas, porque á pesar de la fidelidad de los jefes, era poco verosímil que resistiesen al influjo de su vista. Reconcentrarlas, para dejarle libre el campo, era entregarle el país y proporcionarle plazas de la mayor importancia, como por ejemplo la de Sisterón. De este modo, con cualquier decisión que se tomase, se

veían expuestos á abandonar soldados ó terreno. Sin embargo, la ocupación de Grenoble por el enemigo era un suceso grave, y respecto de él no había la menor incertidumbre. La capital del Delfinado, además de su grande importancia moral, era una plaza antiguamente fortificada; contenía un colegio de artillería, un colegio de ingenieros y un material inmenso, consistente en ochenta mil fusiles, doscientos cañones y todo el tren correspondiente á un depósito de armas semejante. No se podía, pues, abandonar un punto de tan grande valor, y convinieron en reunir en él todas las tropas diseminadas en el Delfinado y en la parte de la Saboya que había quedado á Francia. Enviaron á Chambéry la orden de que se dirigiesen á Grenoble los dos regimientos de infantería que se hallaban allí, el 7.º y el 11.º de línea, y á Vienne la de que se pusiera en movimiento con el mismo fin el 4.º de húsares, del que tenían una absoluta necesidad, porque carecían de caballería. Por desgracia, el 4.º de húsares, aunque mandado por un excelente y pundonoroso oficial, el mayor Blot, era tan poco adicto que al ser visitado no hacía mucho por el conde de Artois, no habían podido impedirle que gritase *¡Viva el emperador!* Pero era necesario aprovecharse de todo lo que había, y se lisonjearon de que, reuniendo una masa considerable de tropas, lograrían reanimar en ellas el espíritu militar, y con el espíritu militar el sentimiento de los deberes impuestos á esta noble profesión. Adoptadas estas resoluciones, el general Moutón-Duvernoy partió para los Altos Alpes, siguiendo el mismo camino de Gap por donde debía llegar Napoleón, esperando anticiparse á él en el importante paso de Saint Bonnet y tomar precauciones materiales que pudieran bastar para detenerle.

La noticia, al principio concentrada entre las autoridades de la ciudad, no tardó en traslucirse, y en la mañana del domingo llegó á ser pública. El prefecto y el general creyeron entonces que convenía anunciarla oficialmente, y publicaron una proclama en la que excitaban á los funcionarios de todas clases á cumplir sus deberes, prometiendo dar ellos mismos el ejemplo. Grenoble era una completa muestra del estado de la Francia en aquella época. En ella había algunos antiguos nobles, manifestando imprudentemente sus esperanzas y sus deseos; pero habiendo comprendido después de la causa de Exelmáns y de los funerales de la señorita Raucourt que debían contenerse, si no querían verse expuestos á nuevas desdichas. En ella había una clase media numerosa, rica, ilustrada, no habiendo incurrido ni en los excesos ni en las bruscas reacciones del espíritu revolucionario, admirando el genio de Napoleón, detestando sus faltas, profundamente disgustada de la conducta de la emigración, pero comprendiendo á todas luces el peligro del imperio á presencia de la Europa armada. En ella había un pueblo laborioso, acomodado, valiente, menos combatido en sus sentimientos que la clase media porque era menos ilustrado, apasionado de la gloria militar, odiando á lo que se llamaba los nobles y los curas, participando, en una palabra, de todas las disposiciones de los aldeanos del Delfinado, por más que no tuviese para sentir como ellos el interesado motivo de los bienes nacionales.

Fácilmente se adivinan, sin necesidad de que nosotros lo digamos, las emociones que la noticia de la próxima

llegada de Napoleón debió producir en aquellas distintas clases. La nobleza prorrumpió en gritos de cólera y corrió á buscar á las autoridades para excitarles á cumplir su deber, amenazándoles con todo su encono si titubeaban un solo instante en escucharla; pero al gritar y al agitarse tanto, no proponía ningún medio formal de resistencia. Sin embargo, podía disponer de uno, el de ofrecer algunos hombres adictos que disparasen el primer tiro, única manera de comprometer á las tropas decidiéndolas. Se prometía encontrar estos hombres, pero no faltaba quien lo dudase, y aun á decir verdad, ella misma no estaba muy segura de poderlos hallar. La clase media se mostró inquieta y dividida, porque si condenaba la marcha política de los Borbones, descubría claramente los peligros que su caída podría ocasionar. En cuanto al pueblo, en cuya clase se habían introducido muchos oficiales de reemplazo, se estremecía de júbilo, y no ocultaba apenas ni sus deseos ni sus esperanzas. Los funcionarios disimulaban más que nunca sus verdaderos sentimientos; en el fondo de su corazón deseaban el triunfo de Napoleón, para no tener que emplear por más tiempo para con los Borbones una hipocresía penosa, que les humillaba sin garantizarles la conservación de sus destinos. Una población dispuesta de este modo no ofrecía, pues, muchos recursos de defensa. Si hubiera habido una milicia nacional unida y bien organizada, se hubiera podido mezclarla con el ejército, á fin de contenerle por medio del ejemplo, pero los nobles, como en todas partes, formaban la caballería de la guardia nacional, y habían dejado á la clase media constituir por sí sola la infantería. Ésta, á consecuencia de haber manifestado más de una vez una viva oposición á la marcha del gobierno, había sido con diversos pretextos privada de sus fusiles, y por entonces se hallaba desarmada y desorganizada. Así, pues, las autoridades no podían disponer más que de tropas de línea, cuya fidelidad era el gran problema que debía resolverse.

El resto del domingo, 5, y la primera mitad del lunes, 6, se pasaron en la mayor agitación, en una rápida sucesión de esperanzas y de temores, que á cada instante hacían de la alegría de los unos un motivo de pesar para los otros. Tan pronto se decía que Napoleón había sido perseguido, preso, fusilado, y los realistas se paseaban por las calles con rostro risueño y hasta provocativo, dirigiéndose después á sus casas para enviar á Lyon y á París lisonjeras noticias, como se anunciaba que Napoleón, venciendo todos los obstáculos, había llegado casi á las puertas de Grenoble, y entonces eran los realistas los que se mostraban tristes y silenciosos, y á su vez el pueblo transportado de júbilo recorría las calles gritando *¡Viva el emperador!* Los oficiales de reemplazo, cuya influencia fué entonces muy funesta, procuraban acercarse á las tropas, ponerse de acuerdo con ellas, y encontraban á los oficiales apurados y silenciosos, pero á los soldados expansivos, alegres y con la escarapela oculta entre el forro de sus morriones. Comprendiendo los generales el peligro de semejantes relaciones, trataron de impedir las, y mandaron á las tropas estar acuarteladas ó sobre las armas; pero no consiguieron con esto más que desconcertarlas, sin estorbar las comunicaciones en cierto modo eléctricas que se funden en la comunidad de sentimientos.

El lunes 6 al mediodía hubo noticias del general Moutón-Duvernoy. Habiendo avanzado á toda prisa en el camino de Gap por Vizille, encontró el general á un viajero, á quien mandó detener. Era el doctor Emery, enviado por Napoleón á Grenoble. Hizo varias preguntas á este viajero, quien le declaró que nada sabía, que había abandonado la isla de Elba hacía muchos meses, y que volvía tranquilamente á Grenoble, su patria, para fijar en ella su residencia. Engañado con estas declaraciones, el general Moutón-Duvernoy dejó pasar al doctor Emery, y continuó adelante, no tardando en saber que Napoleón, después de haber dormido la noche anterior en Gap, se dirigía hacia Corps, adonde iba á llegar después de haber atravesado el desfiladero de Saint Bonnet. No había tiempo de detenerle, y lo único que debía hacer en este caso el general Moutón-Duvernoy era volver á desandar lo andado encaminándose á Grenoble. Sospechando durante su marcha del doctor Emery, destacó algunos hombres en su persecución con orden de apoderarse de su persona; pero el doctor, muy precavido, había tenido tiempo de llegar á Grenoble, ocultándose allí en las casas de los amigos, á quienes había encargado distribuir las proclamas de Napoleón y divulgar la noticia de su próximo arribo.

Cuando se supo en Grenoble que no había sido posible llegar antes que Napoleón á los desfiladeros que separan el valle del Durance del Isere, que al anochecer entraría en Corps, y acaso al día siguiente en Grenoble, la agitación se redobló. Unos decían que nadie podría resistirle, y que las tropas que se enviaban á su encuentro no servirían más que para aumentar sus fuerzas. Otros pretendían que un ejército mandado por el conde de Artois y por algunos mariscales se formaba en Lyon para detener al fugitivo de la isla de Elba y castigarle de un modo ruidoso. Los realistas que divulgaban esta noticia á fin de reanimar su valor, apenas lograban tranquilizarse con ella, y rodeaban á las autoridades, las excitaban, las acusaban de no hacer nada, sin hacer mucho más ellos mismos, y las censuraban amargamente que se encerrasen y permaneciesen pasivas en Grenoble. Según ellos, esto era abrir á Napoleón todos los caminos y entregarle la Francia. Se citaba un nuevo pasaje donde sería posible detenerle haciendo volar un puente. Este puente era el de Ponthaut, sobre un pequeño río, el Bonne, que desagua en el Drac, afluente del Isere, y cruza el camino de Gap. Decían que haciendo volar este puente, obligarían á Napoleón á refugiarse en las montañas, ó bien á descender á la llanura, es decir, al borde del Ródano, donde reunidas las fuerzas de Lyon no dejarían de destruirle.

Insistieron sobre esto de tal modo con las autoridades civiles y militares, que el prefecto y el general tomaron el partido de enviar á este puente del Bonne una brigada de artillería, una compañía de ingenieros y un batallón del 5.º de línea, del que no se esperaba ninguna infidelidad á causa de su perfecta disciplina. Este batallón estaba al mando de un oficial muy distinguido llamado Lessard, que había servido en otro tiempo en la guardia imperial, pero que era un riguroso observador de sus deberes y se hallaba resuelto á cumplir sus juramentos. Estas tropas fueron acompañadas hasta la puerta de Bonne por los realistas, confiados en su excelente aspecto, y por los bonapartistas que, por el con-

trario, decían que las miradas y el aire de los soldados no dejaban la menor duda respecto de la conducta que observarían en presencia de Napoleón.

Habiendo partido la columna por la noche, no podía haber noticias de ella hasta el día siguiente, y se las esperó con impaciencia. Al día siguiente, martes, 7, llegaron á Grenoble el 11.º y el 7.º de línea desde Chambery, y el 4.º de húsares desde Vienne. Al mismo tiempo se había puesto manos á la obra, y habían trabajado activamente en el armamento de la plaza, sacando los cañones del arsenal para colocarlos en las murallas. Los realistas fundaban muchas esperanzas en uno de los regimientos de infantería recién llegados de Chambery, el 7.º de línea, mandado por el coronel de La Bedoyere, un joven oficial de los más brillantes, que había tomado parte en las batallas más rudas del imperio, antiguo gentilhomme unido por su esposa á la familia de los Damas, protegido de la corte y pareciendo ser adicto. Se contaba que al entrar en Grenoble había distribuido una suma de dinero sacada de sus propias rentas, y no se dudaba que había dado este paso para ganar la voluntad del regimiento y dirigirle por la senda del deber.

Este joven coronel comía entretanto con los oficiales de la guarnición en casa del general Marchand, quien los había reunido á su mesa para asegurarse mejor de sus disposiciones. La mayor parte, á vista de la autoridad superior, manifestaban bastante celo; pero algunos otros, más sinceros, no ocultaban que aunque no faltaban á sus deberes, les costaría mucho cumplirlos contra Napoleón. En medio de estas diversas manifestaciones el coronel de La Bedoyere permaneció silencioso, y este silencio, en un oficial á quien se creía realista, pareció singular, pero de ningún modo temible, tal era la confianza que se tenía depositada en él. Se levantaron de la mesa á las dos, y como á aquella hora las tropas enviadas al puente de Ponthaut debían hallarse enfrente de Napoleón, acercándose por lo tanto el instante crítico, cada cual se retiró á llenar sus funciones.

En efecto, las tropas que habían salido de Grenoble el día anterior al anochecer se habían dirigido por Vizille, La Frey, La Mure, llegando después al Ponthaut; las dos compañías de ingenieros y de artillería sembrando el camino con sus escarapelas blancas, y dando á conocer sus propósitos; el batallón del 5.º, por el contrario, sin demostrar en modo alguno sus sentimientos. Las dos compañías de ingenieros y de artillería se habían detenido en la aldea de La Mure á muy poca distancia del puente de Ponthaut, al borde de Bonne. El alcalde y los habitantes de La Mure, al saber lo que se proyectaba, se conmovieron vivamente, oponiéndose á la destrucción de un puente que era su principal medio de comunicación con la Provenza, y alegando en apoyo de su resistencia que un poco más arriba del Ponthaut el Bonne era vadeable, y que el único daño que podía causarse á la columna imperial era el de obligarla á pasar el río por medio del agua, sumamente fría. Los ingenieros encontraron muy justas las razones de los habitantes de La Mure y sin insistir pidieron alojamiento, que se apresuraron á proporcionarles mientras llegaba el 5.º de línea.

Napoleón, como hemos dicho, había pernoctado en el pueblo de Corps, llegando á él tan pronto como se había apresurado á apoderarse de los desfiladeros entre

Gap y Grenoble. Los había atravesado felizmente, y avanzaba lleno de confianza al ver el espíritu de las poblaciones, que se manifestaba en torno suyo por medio de los continuos gritos de *viva el emperador!* Sin embargo, no ignoraba que el día siguiente sería el decisivo, porque hallaría por la primera vez una reunión de fuerzas, y de la conducta que observasen con él dependería la suerte de su aventurada expedición. Mientras que se disponía á descansar en Corps algunas horas, había tenido cuidado de enviar á Cambronne con una vanguardia de doscientos hombres para ocupar el puente del Bonne é impedir su destrucción. Los lanceros polacos, provistos de caballos después de haber penetrado en el interior, se adelantaron á Cambronne y atravesando el Bonne llegaron á pedir alojamiento al alcalde de La Mure. En aquel mismo tiempo, es decir, á las doce de la noche, llegaba también el batallón del 5.º. No tardaron en confundirse unos con otros; y los lanceros, al procurar fraternizar con los soldados del 5.º, los hallaron en muy buena disposición, pero molestados por la presencia de sus oficiales. Con todo se trabaron entre ellos numerosas conversaciones, y ya los soldados del 5.º se inclinaban visiblemente en favor de los lanceros, cuando el comandante Lessard, llegando al mismo tiempo y temiendo que perjudicase á su tropa el contacto de los soldados de la isla de Elba, resolvió hacerla retroceder y desandar lo andado hasta la aldea de La Frey. Cambronne llegó también á La Mure, y temiendo que en medio de las pláticas algún noble emigrado provocase una colisión, lo que Napoleón había recomendado que evitara, fué á buscar á sus soldados, por decirlo así uno á uno, para llevárselos al lado opuesto de Ponthaut, quedando de este modo abandonada espontáneamente por una y otra parte La Mure; pero el puente en cuestión quedó en poder de Cambronne.

La noche se pasó de esta manera, reinando la más viva ansiedad tanto entre los que estaban encargados de detener á Napoleón como entre los que le seguían. Mientras tanto, el comandante del batallón del 5.º hizo una marcha retrógrada de algunas horas, para impedir toda comunicación entre sus soldados y los de Napoleón, y se detuvo en una posición ventajosa, teniendo á su derecha montañas y á su izquierda pantanos. En aquel punto podría defenderse y proporcionar á su tropa algún descanso. Esperó hasta las doce del día, y no viendo venir á nadie, comenzó á creer que Napoleón habría cambiado de camino, de lo que se alegraba, porque le quitaba de encima una inmensa responsabilidad; pero á la una se presentaron á su vista algunos lanceros, y muchos de ellos se acercaron lo bastante para ser oídos de los soldados del 5.º, anunciándoles que el emperador iba á parecer, y excitándoles á no disparar ni un solo tiro y á entregarse á él. El bravo comandante, fiel á su deber, les intimó á que se alejaran, amenazándoles con hacerles fuego si se obstinaban en aconsejar á su tropa la defección.

Estos jinetes se replegaron, reuniéndose á una columna más considerable que avanzaba, y parecía constar de muchos centenares de hombres. Esta columna era la de la isla de Elba dirigida por el mismo Napoleón. Había dormido en Corps, había llegado á La Mure, donde había dejado á su tropa comer el rancho, y en seguida se había encaminado hacia el paraje en donde le habían

dicho que se encontraba un batallón del 5.º de línea, con algunos soldados de artillería y de ingenieros dispuestos á defenderse. Los lanceros que se habían replegado le habían dicho que los oficiales parecían decididos á resistir, pero que era muy probable que los soldados no hicieran fuego. Napoleón miró algún tiempo con su anteojo á la tropa que tenía delante para observar su aspecto y su posición. Entretanto llegaron oficiales de reemplazo disfrazados con traje de paisano, y le dieron detalles acerca de los sentimientos de la tropa encargada de impedirle el paso. — La artillería y los ingenieros no dispararían un solo tiro, aseguraron. En cuanto á la infantería, el oficial que los mandaba ordenaría sin duda alguna que hiciese fuego, pero no se creía que fuese obedecido. — Napoleón, después de recibir estos informes, resolvió proseguir adelante y decidir con un rasgo de audacia una cuestión que no podía ser resuelta de otro modo. Colocó á la izquierda del camino la vanguardia de Cambronne, á la izquierda el grueso de su columna, y delante los cincuenta jinetes de que disponía. Después con una voz inteligible ordenó á sus soldados que llevasen el arma bajo el brazo con la punta hacia el suelo, y prescribió á uno de sus ayudantes de campo que se dirigiese al frente del 5.º para decirle que iba á avanzar y que los que le dispararan sus armas responderían á la Francia y á la posteridad de los acontecimientos que produjesen. Tenía razón, y aquellos hombres á quienes hablaba de este modo iban á decidir si Waterlloo sería inscrito ó no en las sangrientas páginas de nuestra historia.

Dadas sus órdenes, puso en movimiento á su columna, y se marchó á la cabeza seguido de Cambronne, de Drouot y de Bertrand. El ayudante de campo se acercó al batallón, le repitió las palabras del emperador, y al ver que se aproximaba se lo mostró con el dedo. Al divisarle, los soldados del 5.º experimentaron una ansiedad extraordinaria, y mirando tan pronto á Napoleón como á su jefe, parecían suplicar á este último que no les impusiese un deber imposible de cumplir. El comandante, viéndolos turbados, fascinados, comprendió que no serían capaces de luchar contra su antiguo señor, y con una voz firme mandó batir en retirada. «¿Qué queréis que haga?, dijo á un ayudante de campo del general Marchand, que se hallaba comisionado cerca de él; están pálidos como la muerte y tiemblan á la sola idea de disparar sobre ese hombre.» Mientras que se batía en retirada, los cincuenta lanceros de Napoleón corrieron á galope detrás del 5.º, no para cargarle, sino para reunirse á él y hablar con sus soldados. El bravo Lessard, creyendo que iba á ser atacado, ordenó inmediatamente á sus tropas que se detuvieran y presentaran la bayoneta á sus perseguidores; pero los lanceros llegaron hasta las bayonetas del 5.º con el sable en la vaina y gritando: «Amigos, no tiréis; ved al emperador que avanza.» Y en efecto, Napoleón llegó casi al mismo tiempo que ellos, hallándose delante del batallón al alcance de la voz. Deteniéndose entonces: «Soldados del 5.º, exclamó, ¿no me conocéis?—Sí, sí,» respondieron muchos centenares de hombres. Desabrochándose en el acto su *redingote* y descubriendo el pecho: «¿Quién de vosotros, añadió, querrá tirar sobre su emperador?» Arrebatados con estas últimas palabras, infantes y artilleros colocaron sus morriones en las puntas de sus sables y de sus

bayonetas, gritando *viva el emperador!* Y después, rompiendo filas, rodearon á Napoleón y besaron sus manos, llamándole su general, su emperador, su padre. El comandante del batallón del 5.º, abandonado por su tropa, no sabía qué hacer, cuando Napoleón, desembarazándose de las manos de los soldados, corrió hacia él, le preguntó su nombre, su grado, sus servicios, y después añadió: «Amigo mío, ¿quién os ha nombrado comandante?—Vos, señor.—¿Quién os hizo capitán?—Vos, señor.—Y á pesar de eso, ¿queríais hacer disparar sobre mí!—Sí, replicó este valiente militar, para cumplir



El coronel La Bedoyere

con mi deber.» Acto continuo entregó su espada á Napoleón, quien tomándola y estrechándole la mano, le dijo con un acento en el que no se traslucía la menor muestra de encono: «Volved á buscarme en Grenoble.» En aquel momento la voz y la expresión de Napoleón indicaban que no aceptaba la espada de este digno oficial más que para devolvérsela. Después, dirigiéndose á Drouot y á Bertrand: «Todo ha concluido, les dijo, dentro de diez días nos hallaremos en las Tullerías.» Con efecto, después del grave suceso que acabamos de referir, la cuestión parecía resuelta y ya no era dudoso que volviese á reinar. ¡Cuánto tiempo, nadie lo sabía!

Después de consagrar algunos instantes á la alegría, las tropas conquistadas en La Mure, confundidas con las que llegaban de la isla de Elba, marcharon con dirección á La Frey y Vizille. Por el camino hallaron partidarios entusiastas del imperio que salían al encuentro de Napoleón y le anunciaban que un regimiento entero se dirigía desde Grenoble hacia La Mure con su coronel á la cabeza. Todos creían, en vista de las manifestaciones de los soldados, que no había nada que temer.

Con efecto, no tardaron en percibir de lejos á este regimiento que avanzaba en columna, y nuevos amigos que se acercaron á las tropas de Napoleón les anunciaron lo que podía esperarse de sus disposiciones. Este regimiento era el 7.º de línea, mandado por el coronel de La Bodeyere, cuyo silencio en la mesa del general Marchand había chocado tanto, y parecido contrario á los sentimientos que en él se suponían. El joven de La Bodeyere estaba, como hemos dicho, por su esposa y su familia, estrechamente ligado con la casa de Borbón y debía creerse que le era adicto; pero él alimentaba en el fondo de su corazón sentimientos opuestos á su origen y á su parentesco; conservaba hacia Napoleón y hacia la gloria de las armas francesas una adhesión de las más vivas. Pensando como la mayor parte de sus camaradas, veía en los Borbones la obra de los extranjeros, y no quería servir más tiempo; pero con todo, á instancias de su familia, había consentido en volver al servicio, y había aceptado el mando del 7.º, lisonjeándose, á causa de los rumores de guerra que habían circulado durante la reunión del congreso de Viena, de que podría vengarse en los austriacos de las últimas desdichas de Francia. Enviado al Delfinado por una deplorable fatalidad, y encontrándose en el camino de Napoleón, no había podido resistir al impulso que le arrastraba hacia él; pero no pudiendo al mismo tiempo esperar á que la fortuna se pronunciase para tomar entonces su resolución, al abandonar la mesa del general Marchand reunió á su regimiento en una de las plazas de Grenoble, hizo sacar de una caja el águila del 7.º, gritó ¡viva el emperador! y blandiendo su espada dijo á sus soldados: «¡El que quiera que me siga!» Casi todo el regimiento le siguió, y se dirigió por el camino de La Mure en medio de los frenéticos aplausos del pueblo de Grenoble.

Tales fueron los detalles que llegaron á noticia de Napoleón, detalles suficientes para disipar sus inquietudes, si las hubiera conservado después de lo que acababa de ocurrir en La Mure. No tardó en acercarse el 7.º, y se vio á La Bodeyere echar pie á tierra corriendo hacia Napoleón, y á éste por su parte apearse de su caballo, recibir en sus brazos al coronel, y darle las gracias con efusión por el movimiento espontáneo que había hecho en su favor, en un instante en que todavía todo estaba dudoso. La Bodeyere respondió que había obrado de aquel modo para engrandecer de nuevo á la Francia humillada, y después, con el abandono de un corazón que no puede contenerse, dijo á Napoleón que iba á encontrar la nación muy cambiada, que debía renunciar á su antigua manera de gobernar, y que no podía reinar sino bajo la condición de inaugurar un nuevo reinado (1). «Lo sé, dijo Napoleón, y vengo para renovar

(1) Napoleón ha negado en Santa Elena que La Bodeyere le hablase de este modo. No cabe duda de que Napoleón debía negar que, como se suponía, hubiese empleado con él La Bodeyere un lenguaje violento, pero no podía hacer lo mismo tratándose del fondo de las ideas expresadas por este último, y que nosotros hemos consignado en extracto. Por lo demás, yo garantizo todas las circunstancias del relato que se acaba de leer. Al referir los acontecimientos de la isla de Elba, de Cannes, de Grasse, de Gap, de La Mure, de Grenoble y de Lyon, he tenido presentes una porción de reseñas manuscritas del mayor interés, redactadas las unas por militares, las otras por magistrados, todos testigos oculares, y dignos de una entera confianza por su carácter y su posición. En cuanto á la residencia en la isla de Elba, el documento más curioso y

vuestra gloria, para salvar los principios de la revolución, para aseguraros una libertad que, difícil al principio de mi reinado, es hoy no solamente posible, sino necesaria.»

Napoleón se dirigió en seguida á Vizille, y después de haber recibido en esta población la acogida más demostrativa, continuó su camino hacia Grenoble, adonde llegó á las nueve de la noche del mismo día 7.º. En seis días había recorrido un trayecto de ochenta leguas al frente de su ejército, marcha sin ejemplo en la historia, como él mismo lo ha consignado. El celo de los habitantes, que ofrecieron caballos y carretas á sus soldados, le había ayudado singularmente á realizar este prodigio de rapidez.

En Grenoble reinaba una gran confusión. Al saber el general la salida del 7.º, había mandado cerrar las puertas de la ciudad y depositar las llaves en su casa, lo que no impidió á algunos soldados del 7.º, que se habían quedado rezagados, bajar por las murallas para ir á reunirse con sus compañeros. La nobleza consternada había buscado un refugio encerrándose en sus casas; la clase media, participando del placer de verse vengada de la nobleza y del temor de las desdichas que amenazaban á la Francia, apenas daba señales de vida. El pueblo, dueño de sí mismo, recorría las calles, confundido con los oficiales de reemplazo, gritando ¡Viva el emperador! Llevado al último grado de exaltación con la noticia de lo ocurrido en La Mure, que algunos hombres á caballo le habían transmitido, corrió á las puertas de la ciudad, y hallándolas cerradas subió á las murallas, esperando con impaciencia que la columna de la isla de Elba se presentase á la vista.

Cuando Napoleón se halló delante de Grenoble estalló el entusiasmo y la alegría. El pueblo que estaba en las murallas se precipitó hacia la puerta para tratar de abrirla, al mismo tiempo que los aldeanos procuraban echarla abajo desde afuera. Cediendo la puerta á este doble esfuerzo, cayó al suelo en el momento en que Napoleón llegaba al frente de sus soldados. Avanzó con inmensa dificultad á través de la muchedumbre, que se aglomeraba en torno suyo, y se apeó en la fonda de los Tres-Delfines.

Desde el instante en que se supo su próxima llegada, desaparecieron las autoridades. El general se dirigió al departamento del Monte-Blanco, para reunir allí las tropas que le quedaban y procurar cumplir sus deberes militares hasta no poder más. El prefecto, comprometido por sus antiguas relaciones con Napoleón, huyó, temiendo, al verle, salirse de los límites que le prescribían sus deberes. Se encaminó á Lyon, procurando excusarse con su antiguo jefe por su precipitada fuga. Napoleón no quiso alojarse ni en la prefectura ni en el palacio de la división militar, y permaneció en la fonda de los Tres-Delfines, donde se apeó á su llegada, obedeciendo de este modo á la regla que se había impuesto en su expedición de pagar en todas partes los gastos que hiciera, para distinguirse de los príncipes de Borbón, cuyos viajes habían sido sumamente onerosos á las provincias que habían visitado.

más completo que existe es el registro de las órdenes y las correspondencias de Napoleón; y teniéndole ante mi vista, es como he escrito las páginas de mi historia relativas á este particular. (N. del A.)

Apenas estuvo establecido en su modesta habitación de la fonda de los Tres Delfines, comenzó á recibir á las personas que se presentaron, y pasó la noche conversando con el alcalde, con las autoridades municipales, con los jefes de las tropas, y apareciendo de cuando en cuando al balcón para satisfacer la impaciencia del pueblo. El día siguiente lo destinó á la recepción oficial de las autoridades departamentales y á la revista de las tropas.

La primera parte de la mañana del día 8 la empleó en dar órdenes para organizar su gobierno en las comarcas que acababa de conquistar, y después recibió á las autoridades civiles, judiciales y militares. Todas, al felicitarle por su triunfo, le presagiaban un triunfo más completo en su marcha á París, se felicitaban de verle llegar dispuesto á defender los amenazados principios de la revolución francesa; y sin embargo, en medio de sus numerosas protestas de adhesión, le declararon atrevidamente que necesitaba prepararse á un nuevo reinado, completamente distinto del anterior, á un reinado á la vez pacífico y liberal. Por más que el respeto hacia la autoridad recién establecida de Napoleón fuese muy grande, este lenguaje no era el que se usa con un amo, sino con el jefe de un Estado libre. Al expresar todos los rostros á su vista la curiosidad y la admiración, no revelaban ya aquella humilde sumisión que manifestaban en otro tiempo desde el instante en que le divisaban.

Napoleón no demostró ni incomodidad ni descontento. Tranquilo, sereno, y como acostumbrado á su nuevo papel, dijo á todas las personas con quienes habló particular ó públicamente, con el lenguaje familiar de la conversación, ó el propio de las recepciones oficiales, que había empleado diez meses en reflexionar en lo pasado y en procurar deducir de él provechosas lecciones; que los ultrajes de que había sido objeto, lejos de irritarle, le habían instruído; que conocía lo que necesitaba la Francia y trataría de conseguirlo; que sabía muy bien que la paz y la libertad eran una necesidad imperiosa de la época, y que en lo sucesivo haría de ellas la norma de su conducta; que había deseado la grandeza y había cedido demasiado al deseo de las conquistas, pero que no era él el único culpable; que las potencias de la Europa con su sumisión, los cuerpos constituidos con su presteza en ofrecerle la sangre y los tesoros de la Francia, la Francia misma con sus aplausos, habían contribuído á un deseo, á un entusiasmo que había sido general; que, por otra parte, la tentación de hacer de la Francia una dominadora de las naciones era excusable y debía perdonársele con tal de no volver á incurrir en ella; que él no hubiera firmado el tratado de París, porque no había dudado en descender del trono antes que quitar por sí mismo á Francia lo que le había dado, pero que la ley de todo gobierno regular era el respeto de los tratados, y que, una vez que ya estaba firmado el de París, lo aceptaba y lo elegía como base de su política; que en vista de esta declaración no dudaba en el sostenimiento de la paz; que había comunicado estas ideas á su padre político y tenía motivos para creer que esta comunicación le alcanzase el concurso de Austria; que aún escribiría otra vez á Viena por conducto de Turín y que esperaba la próxima llegada á París de su esposa y de su hijo.

TOMO IX

En cuanto al gobierno interior de la Francia, Napoleón, imitando el lenguaje de las pasiones de la época, dijo que acudía á librar á los campesinos del diezmo, á los poseedores de bienes nacionales de una expoliación inminente, al ejército de humillaciones insoportables, y á asegurar por último el triunfo de los principios de 1789, puestos en peligro por los actos de la emigración; que los Borbones, por más que hubiesen estado dotados de las luces y de la fuerza que les faltaban, no hubieran podido nunca obrar de un modo distinto al que habían empleado; que representantes de una monarquía feudal, y apoyados en los nobles y los sacerdotes proscritos como ellos, no habían podido volver á Francia sin su presencia; que sin ser injustos ó injuriosos para los Borbones, no debía deducirse de sus faltas más que una sola conclusión, la de que eran incompatibles con la Francia, y que era preciso para proteger los nuevos intereses un gobierno nuevo, nacido de estos mismos intereses, formado por ellos y para ellos; que su hijo, en favor del cual se proponía trabajar, sería el verdadero representante de este gobierno; que él volvía para preparar su reinado y ofrecérsele digno y tranquilo; que por lo demás, si él no hubiera vuelto, no por eso hubieran dejado de sucumbir los Borbones bajo el peso de las convulsiones que hubieran provocado; que él, por el contrario, ofreciendo seguridad á los nuevos intereses y satisfacción al espíritu de libertad, evitaría las agitaciones futuras suprimiendo su causa; que pondría la revisión de las constituciones imperiales para sacar de ellas la verdadera monarquía representativa, única forma de gobierno digna de una nación tan ilustrada como la Francia; que cualquiera que le secundase en esta obra patriótica sería bien recibido por él, porque no quería ver en los últimos acontecimientos más que lecciones, y no motivos de resentimiento; que tendería sus brazos á todos los que se consagrasen á la causa nacional; que se había obrado bien al recibir á los Borbones, al tratar de probar una vez más su sistema de gobierno; que no podía guardar rencor á nadie por haberse prestado á este ensayo, porque lo había aconsejado así á sus más fieles servidores al salir de Fontainebleau; pero ya se había hecho la prueba y se había comprendido que el gobierno de los Borbones era imposible; que él esperaba, pues, confiado y acogería cordialmente la reacción de todos los buenos franceses en favor de la causa de la revolución y de la libertad de la Francia, de las que él y su hijo eran los verdaderos, los únicos representantes.

En todo lo que dijo, Napoleón, sencillo, franco, diestro, convino en cuanto podían echarle en cara, procurando destruir la censura anticipándose á ella. Por lo demás, se expresó con la dignidad conveniente, achacando sus faltas y las de los otros á las circunstancias, más fuertes, más poderosas, según decía, que los hombres.

Hasta excusó á los Borbones, tratando de presentarlos menos culpables para hacerlos pasar por más incorregibles, sin mencionar jamás los derechos de su dinastía más que como derechos de la misma nación; habló de su hijo con más frecuencia que de él, á fin de demostrar que aparecía de nuevo en la escena política únicamente para preparar á su hijo, que sería el de la Francia, un reinado pacífico, liberal y próspero. Estas